

en 1520). Entre ésta y la otra poliglota también española de Arias Montano, dicha *Plantiniana* ó *Antverpiana* (1569-1572), aparecieron algunas otras parciales, como la publicada en Constantinopla (1546) con los textos hebreo, caldeo, persa y árabe, y ediciones hebraicas como las de Bomberg en Venecia, de donde salieron también las tres grandes biblias rabínicas, de las cuales la de ben Chahjim (1526), es modelo y fuente del texto actual judaico, la más rara de Seb. Münster, y la primera Plantiniana, hecha tres años antes de comenzar la mencionada de Arias Montano, á expensas de Felipe II. El texto de ésta es mezcla del de la Complutense y del Bombergiano, reproducido en las otras dos grandes Políglotas, la *Parisiense* de Le Jay (1629-45), y la *Londonense* de Brián Walton (1657). Las Políglotas posteriores hasta nuestros días, están basadas sobre las indicadas, con la adición generalmente de una ó varias lenguas vulgares.

La Poliglota de Alcalá (Complutense) en la cual tomaron parte Elias Antonio, Ducas Cretense, el Pinciano, Stúnica, y los judíos conversos Zamora, Coronel y Juan de Vergara, ofréronos en los cuatro primeros tomos el A. T. en hebreo, latín y griego, y además el Targum con su trad. latina. En el V, el N. T. en griego y latín. El t. VI contiene los diccionarios é índices. Es sin duda en su clase, la obra de más subido valor crítico. La Poliglota de Amberes ó *Plantiniana* contiene, además de los textos de la de Compluto, una paráfrasis caldea, la versión siriaca, y la traducción interlineal latina del texto hebreo hecha por Arias Montano, modificación de la de Sanctes Pagnini, con *aparatos* gramaticales y léxicos muy apreciables. La Poliglota de Le Say ó *Parisiense*, más correcta en la impresión que en el texto, contiene lo de las citadas Políglotas con más las traducciones árabe y siriaca, no sólo del Antiguo, sino del Nuevo Testamento, el Pentateuco samaritano y la versión samaritana publicada primeramente por Morino. La Poliglota Waltoniana, la más completa y estimada, consta de ocho tomos distribuidos en esta forma: T. I, además de importantes prolegómenos, el texto hebreo del Pentateuco, la versión latina de Arias Montano, la de la Vulgata, el texto de los Setenta, la versión lat. de Flaminio Nobili, el texto siriaco y Targum de Onkelos, con sus respectivas traducciones latinas, el Pentateuco samaritano con la suya, y el texto árabe también con su trad. latina. T. II, libros históricos con los Targums de Jonatán. T. III, desde Job á Malaquías, con una versión etiópica de los Salmos. T. IV, libros deuteroacanónicos en griego, latín,

árabe y siriaco, los hebreos de Tobías, dos Targums caldeos y uno persa referente al Pentateuco, con sus respectivas versiones latinas. T. V, Nuevo Testamento en griego, la versión literal de Arias Montano, la siriaca, persa, árabe y etiópica con sus correspondientes trad. latinas, y con la de la Vulgata. T. VI, de variantes y anotaciones críticas. Los dos últimos tomos son un muy valioso complemento formado por el *Lexicon heptaglotton* de Castell, que contiene la significación de todas las palabras que aparecen en la Poliglota.

Cuál fuese el alcance de este *políglotismo* para establecer comparación entre los idiomas y versiones confrontadas, se ve desde luego con toda claridad (1).

(1) Continuadores los sabios que han tomado parte principal en la formación de las Políglotas de los estudios bíblicos de tiempos precedentes, hácenos venir á la memoria la falsa aserción de que en la Edad Media fueron totalmente ignoradas las lenguas, excepto la latina. Al tratar de la Filología arábica hemos advertido como no era sólo el latín conocido por los cristianos, y que fuera de las lenguas semíticas, el griego ha tenido cultivadores capaces de traducir en la Edad Media las obras de Aristóteles. Antes del Concilio de Viena en que se crean cátedras de lenguas en las escuelas romana, parisiense, boloñesa, salmaticense, etc., han florecido notables escritores de indisputable competencia en las lenguas principales de entonces. Guillermo de Doerbeca (por citar alguno pues en otro lugar insistiremos sobre lo mismo), conocía perfectamente además del latín, el griego y el árabe; hemos dicho ya que es autor de una traducción de Aristóteles hecha del griego. El citado dominico R. Martí es llamado por P. Marsilio "philosophus in arabico, magnus rabbinus in hebraeo et in lingua chaldaica multum doctus." Hugo de S. Caro había ensayado una crítica bíblica comparando manuscritos hebreos, árabes y latinos antiguos. El franciscano Nicolás de Lyra fué uno de los más grandes orientalistas de su tiempo, y sobrepujó en su crítica hebraica al mismo famoso Rabino Rashi. Después del Concilio vienense, multiplícanse los cultivadores de las lenguas sabias de entonces, hasta entrar en la plenitud del renacimiento en que se extralimita la afición al clasicismo. Sixto Senense hablando de Simón Jatumaus, llámale *graece, latine et hebraisce doctus*; igual juicio merece el célebre León Alatius, etc.

No hemos de pasar aquí en silencio la expresión harto injustificada de Erasmo refiriéndose á que en su tiempo *graece nosse suspectum, hebraice prope haereticum*. Aparte de que no era fácil sepultar repentinamente en el olvido la tradición hebraica de tantos siglos ni el influjo general del renacimiento, singularmente helénico, basta recordar que de entonces eran los hombres que pusieron manos á la obra inmortal de nuestras dos Políglotas Complutense y Plantiniana-

Todos estos trabajos aunque hacían augurar los principios de una nueva era lingüística, distaban mucho, aun como simple clasificación ordenada, de una perfección relativa; pues en todos (prescindiendo ya de lo que algunos contienen de inverosímil, como la lengua de los dioses, según la concepción homérica, que trae el Mitridates de Gesner), clasificaciones y derivaciones son generalmente arbitrarias, ó fundadas en una distribución subjetiva no científica. Leibnitz, que por un momento pareció acatar la soberanía del hebraísmo en materia lingüística, la desechó después para sentar luego principios de un procedimiento más racional y científico. Puede decirse que con Leibnitz, como Max Müller se esfuerza en probar, comienza una nueva época de estudios filológicos. Leibnitz co-

na, donde es no ya de ver, sino muy de admirar el caudal de saber griego, hebraico y semítico en general que se revela, y que allí aparece reunido con la cooperación valiosa de la munificencia de un prelado como Cisneros y de un rey español como Felipe II, con la intervención de eclesiásticos eminentes y el beneplácito de la Iglesia. En vida de Erasmo se escribieron y publicaron las *Artis gram. hebraicae Inst.* de Alfonso Zamora, y su *Vocabularium hebr.*, las *Introd. in ling. hebr.* de Adriano, la *Gram. caldea* de Paterniano, el tratado *De Litt. hebraicis* de Nebrija, las *Instituciones Graecae ling.* del mismo Antonio Nebrija, y su *De Litt. el declinat. gr. etc.*, las traducciones del griego al latín *De la Diva Siria* de Luciano, por Coello, y de la *Areopagítica* y *Nicoles* de Isócrates, por Luis Vives, así como las traducciones del *Comendador griego*, Hernán Núñez de Guzmán, cuya es la versión latina del texto griego de los Setenta inserta en la *Complutense*. El mismo Erasmo ha podido leer las *Annotationes contra Erasmus Rotterodamum in defensionem transl. Novi Testamenti*, de López de Stúñiga, donde demuestra éste su saber griego, no menos evidenciado aquí que en sus *Annotationes contra Jacobi Fabri errata*, al traducir las epístolas de San Pablo. Recordemos finalmente entre otros muchos que no fueron sospechosos de herejía por saber griego y hebreo, el gran Sanctes Pagnini, cuya erudición general singularmente hebraica no necesita ser mentada (su trad. del Antiguo y Nuevo Testam. fué aprobada por Clem. VII); el no menos autorizado Agustín Justiniani, que siguió las huellas de Pagnini, y cuya traducción pentáglota fué dedicada á León X; murió el mismo año que Erasmo, y pudo escribir de

noció claramente la necesidad de ordenar las clasificaciones lingüísticas, y de buscar un medio de relacionar seriamente las lenguas más lejanas ó marcar sus diferencias, haciendo notar ya la utilidad que de ello podrían reportar la etnografía y la historia. El advirtió (después de J. Lipsio y Sommaise) la analogía entre el persa y el alemán, llegó á suponer relaciones entre el vascuence y el copto, y deseaba se analizase el georgiano confrontándolo con el copto y armeno. En su opúsculo *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimum ex indicibus linguarum*, reduce las lenguas á un tronco común, dividiéndolas luego en dos grandes ramas, *jaféticas* y *arameas*; y haciendo notar las palabras comunes á unas y otras (1).

él Sixto Senense que era “theologus sincere doctus, et linguarum omnium quae toto terrarum orbe dispersae sunt, peritissimus”; Jorge Vespucci á quien Mamachi coloca entre los más doctos humanistas, mencionándolo en igual sentido Marsilio Ficino, y Zenobio Acciaio, Prefecto de la Biblioteca Vaticana en tiempo de León X, traductor de Teodoreto (la cual traducción va dedicada á León X), y versadísimo en literatura y lenguas griega y latina. No mencionamos otros escritores del siglo XVI formados en las escuelas de los tiempos de Erasmo y que (como acontece con nuestro insigne helenista y hebraista Arias Montano), publicaron sus escritos filológicos después de la muerte de Erasmo; también omitimos entre buen número de cultivadores *ortodoxos* del griego y hebreo, los que en el mismo siglo décimosexto dieron pruebas de su alta cultura semítica, principalmente árabe y siríaca. Mientras un religioso (Fr. Pedro de Alcalá) publicaba su *Arte* y su *Vocabulista* arábigos, los primeros, como hemos dicho, que se han impreso, el diácono Moisés y el subdiácono Elías, enseñaban con general aplauso el siríaco en Roma, profundizando en la gramática de dicha lengua, no de otra suerte que el presbítero Acurio y el jurisconsulto cristiano del mismo siglo Alberto Vidmanstadius, cuyos Elementos gramaticales, como hemos notado en otro lugar, fueron el primer tratado de siríaco impreso en Europa. Y no es menester advertir que las obras de los grandes helenistas y semitistas españoles del siglo XVI, de los cuales hemos hablado atrás, eclesiásticos casi todos, son la mejor respuesta á la falsa aserción del humanista de Rotterdam.

(1) El prejuicio del *hebraísmo* que ligaba los estudios lingüísti-

El llamamiento de Leibnitz pareció desde luego hacerse oír eficazmente en Europa, bien que los primeros ensayos hechos después de él, como los de Court de Gebelin *Le monde primitif analysée dans ses elements*, 1774, de Moobod, *On the origin and progress of*

cos á la solución de un problema insoluble, cual es el determinar el idioma primero y su influencia en los existentes, es reprobado por Leibnitz gráficamente en una carta á Tenzel (*Leibnitzii Opera*, VI, edic. 1768) con estas palabras: "Linguam hebraicam primigeniam dicere idem est ac dicere truncos arborum esse primigenios, seu regionem dari ubi trunci pro arboribus nascantur. Talia fingi possunt sed non conveniunt legibus naturae et harmoniae rerum..... Illud tantum quaeri cum ratione potest an lingua hebraea cum cognatis sit origini vicinior quam ceterae etc." Son de notar también las palabras que acerca del asunto escribía á Leibnitz Hermann v. d. Hardt (l. cit.): "Primorum hominum linguam jam exspirasse, et incertum plane esse an hodierna lingua hebraica ullam adhuc similitudinem referat."

Para promover la comparación de las lenguas, cuyo método según quería Leibnitz debía ser análogo al de las ciencias exactas, comenzando por lo conocido para llegar á lo desconocido, exhortaba éste á los viajeros, á los misioneros, embajadores y aún á los emperadores á reunir los datos posibles en materia de lenguas, escribiendo al efecto diferentes cartas. En la dirigida á Pedro el Grande (Viena, 26 de Octubre de 1713), dice entre otras cosas: "Quisiera también que se reuniesen diccionarios ó al menos pequeños vocabularios, y que se procurasen en tales idiomas (los hablados en los dominios de dicho soberano) traducciones de los diez mandamientos, de la Oración dominical, del Símbolo de los Apóstoles y de otras partes del catecismo, *ut omnis lingua laudet Dominum*. Todo lo cual aumentaría la gloria de V. M. que reina sobre tantas naciones etc." Esta idea de comparación léxica se encuentra frecuentemente en sus obras, donde inculca las utilidades que de ello pueden provenir: "Cum nihil majorem ad antiquas populorum origines indagandas lucem praebet quam collatio linguarum, etc." "Ad linguae nostrae (germanicae) perfectam notitiam opus foret dialectos quoque provinciarum germaniae cognosci, etc." (*Op. t. cit.*)

Por lo demás Leibnitz no emprendió nunca una clasificación sistemática de las lenguas, aunque las distribuye en jaféticas y arameas. Con las lenguas jaféticas confunde lenguas húngaro-tártaras, y no es más feliz cuando trata de clasificar los dialectos que él ha podido conocer por sí mismo. Leibnitz reconoce la unidad primitiva del lenguaje, y el origen oriental de las razas humanas. (V. Neff, *G. W. Leibnitz als Sprachforscher und Etimologe*, y, entre otros, las indicaciones de Guhrauer en la Vida de Leibnitz).

language, 1777-92, de Beatie, *On the theory of language*, 1783, y otros, siguen de una manera más ó menos rutinaria los antiguos derroteros, mezclando lenguas indo-europeas, semíticas y otras muchas para la derivación. El primer paso de verdadera importancia para la ciencia novísima le ha dado Hervás, seguido luego por Adelung, que en el mediodía y en el norte de Europa aparecieron casi simultáneamente proclamando los principios de la filología científica.

La antigüedad clásica no ha sabido jamás traspasar las fronteras de su territorio para examinar las lenguas de los pueblos circunvecinos; y aun teniendo á la vista la semejanza lingüística de muchos idiomas y pudiendo fácilmente hallar las relaciones del suyo propio con otras lenguas no ha alcanzado á formular principios de relativa universalidad que supongan trama científica ni examen comparado (1). Y es que los antiguos

(1) Los griegos, como hemos visto, han estudiado ya en la antigüedad los principales dialectos de su lengua y escrito sobre ellos. Tuvieron asimismo, según queda dicho, conocimientos de otros idiomas, suficientes para establecer puntos de comparación y de análisis. Sin pensar con Dugald-Stewart y Niebuhr que los indios fuesen discípulos de los griegos en ciencia y lenguaje, ni con Görres y los suyos que los brahmanes fueron maestros de los griegos; sin creer con Zeller que deba excluirse todo elemento é influjo oriental en la ciencia helénica, ni juzgar con Roeth y Gladisch que ésta en sus comienzos es una reproducción puramente oriental; sin admitir finalmente ninguno de los viajes de los antiguos filósofos que la crítica ha rechazado por fabulosos (cf. Brandis, *Geschichte d. Philosophie*, y Lassen en sus *Antigüedades indianas*) puede y debe reconocerse que indios y griegos no estuvieron alejados en lengua y doctrina de suerte que no pudiesen establecer comparaciones más ó menos sistemáticas, así como con los idiomas de otros pueblos. Alejandro Magno habló con los brahmanes, y aunque las respuestas eran traducidas por intérpretes, supone esto mismo el conocimiento de ambos idiomas por personas determinadas. Heródoto refiere (IV, 24) que los mercaderes griegos al remontar el Volga hasta los montes Urales, iban acompañados de siete intérpretes que hablaban siete lenguas distintas, entre las cuales, como observa M. Müller, deben contarse los dialectos eslavos, tártaros y fineses hablados ya en aquella región en tiempo de Heródoto. Temístocles estudió el persa y llegó á hablarle sin dificultad. Mitridates, cuya memoria era pro-

pueblos que no estaban unidos por un mismo vínculo de religión y lengua, repelíanse mutuamente como gente vitanda y no tolerable. Para los indios eran *incomprensibles* todos los que eran extraños á su sociedad, y el que no pertenecía á su alta casta era considerado como un *mlekkah*, y se reputaba impuro todo lo que de él proviniese, y su lengua con él. Los árabes desechaban á todo no mahometano por incrédulo é incapaz de ser entendido en su lengua, como *kiafirs* y *adscham*, á la manera que el pueblo hebreo evitaba todo contacto con los extraños á la religión judaica, designándolos con el dictado de *goym* (los τὰ ἔθνη —gentiles— del N. T.), y los griegos reputaban por lo mismo como *αλλοτριῶν* á todo pueblo que no fuese el suyo, y como *αγλωσσοί*, ó sin habla, á todo el que no conociese su idioma. No de otra suerte los persas seguidores de Zoroastro (mazda-yaçna ó adorador de Mazda) juzgaban grave delito

digiosa, conocía los idiomas de todos los numerosos pueblos que ha conquistado. En la expedición de los Argonautas, hubieron de encontrarse los griegos sin intérpretes para la multitud de idiomas que hallaron.

Por estos hechos y otros análogos, colígese sin dificultad que no ha sido el aislamiento lingüístico causa de la falta de sistema científico, sino que más bien se trataba de un aislamiento voluntario y sistemático en punto á relacionar los idiomas. Y este aislamiento es sin duda mucho más exclusivo y absoluto en cuanto al lenguaje que en ningún otro sentido literario. Porque si bien no son aceptables ninguno de los extremos ya indicados, ni puede, como nota Ueberweg (*Geschichte d. Philosophie*) determinarse con exactitud el influjo oriental en la Grecia sin conocer primero la verdadera historia de Oriente, no por eso ha de negarse la corriente tradicional y científica (especialmente en el orden filosófico) que se advierte en todas las grandes civilizaciones antiguas, y que sería fácil evidenciar si el carácter de esta nota lo permitiera. Aun en el terreno de las artes no es difícil hallar en Grecia vestigios orientales, y entre las teorías sobre el origen de la arquitectura griega (la de Vitrubio y la de Viollet-le-Duc, Klenze etc.), ha venido á ocupar lugar preferente la que hace derivarla de elementos orientales. Champolión cita las columnas protodóricas de Beni-Hassan, Longperier los monumentos asirios, y Perrot el arte lido-frigio y los monumentos del Asia Menor (Chipiez, *Hist. crit. des orig. des ordres grecques*). Pero si prescindiendo de esto, nos fijamos en las relaciones literarias y sociales de Grecia y Roma y en el mutuo influjo de los respectivos idiomas, de que hemos hablado, hallaremos motivos sobrados para pensar que la falta de estudios lingüístico-comparados entre los antiguos no es debida á la ausencia de elementos comparables, sino á la positiva exclusión de toda comparación.

toda comunicación con cualquier pueblo *daeva-yaçna*; y los polacos trataban como mudos á los alemanes designándolos con el nombre *niemiec* (cuya raíz dá en casi todas las lenguas eslavas la significación de mutismo), palabra que los turcos eligieron también para designar á los austriacos. Sobre todo el dictado de *bárbaros*, prodigado por griegos y romanos, dá idea de cómo se entendían entonces las relaciones generales, y particularmente las lingüísticas. Estrabón (XIV, II) hablando de los Carios, á quienes Homero llama *barbarofonoi* (Iliada II, 867), dice que la expresión *to barbaron* debió formarse por onomatopeya para significar é imitar en el sonido á los que no saben hablar ó hablan mal, de donde pasó á designar las lenguas extranjeras, ó no griegas. Por donde la denominación despreciativa de *bárbaro* recaía principalmente sobre el idioma. Cualquiera que sea la procedencia de esta expresión griega (v. Fick, *Verg. Wörterbuch*), pasó con la misma significación á los romanos, y tiene análogo sentido en otros idiomas. *Barbara* y *varvara* (ó con *b* y *v*) ofrece en sus diversas formas en sánscrito, la significación griega de *bárbaros*, lo mismo que el sánscrito *barbarata* equivale al griego *barbarotees*. En persa, *barbar* expresa *grito confuso*, y en árabe *barbarat* es el rugido de la cólera. Se ha observado, y lo notó Pictet en *Les origines indo-europeens*, que la raíz india *mlekk* expresa exactamente la significación de *bárbaro* y *confuso*, y probablemente *mlekkha*, con las demás formas de aquella raíz (*mrksh*, *mraksh*, *mlaksh* etc.), son una onomatopeya del mismo género que la mencionada por Estrabón para excluir como ininteligible y despreciable por su rudeza, todo lenguaje que no fuese indio. Puede, pues, decirse que para los antiguos *hablar lengua extranjera* (*eterogloosos*, de los griegos), era sinónimo de estar mudo ó sin habla (*agloosos*), y una y otra cosa expresaba la denominación de *bárbaro*. Esta preocupación contra todo idioma extranjero, y la aversión que supone á todo su estudio y cultivo que no sea obligado é indispensable, ha sido parte principalísima para impedir la formación científica de la glotología (1), hasta que el cristia-

(1) La expresión griega βαρβαροφωνεῖν que sustantivada aplica Homero á los Carios (l. cit.), no es equivalente á la de βάρβαροι, según advierte Estrabón, sino que se toma por hablar incorrectamente griego: «Ὀὕτως οὖν, dice, καὶ τὸ βαρβαροφωνεῖν καὶ τοὺς βαρβαροφώνους δεκτέον τοὺς κακῶς ἑλληνιζοντας.» (L. XIV, c. II). Sin duda en más de una ocasión la voz *bárbaro* y *barbarofonoi* se han tomado indistintamente, toda vez que el mismo Estrabón, l. XII, aplica el nombre de *bárbaros* á la familia de los Carios, y Heródoto, VII, ca-

nismo con sus sublimes doctrinas sobre la fraternidad humana, sobre el común origen y común destino de los hombres todos, con el hecho de la difusión del evangelio y de su predicación entre griegos, romanos y bárbaros, y con la admisión á su seno de gentes las más diversas en razas y lenguas, franqueó definitivamente los caminos á la verdad teológica, á las investigaciones de las ciencias, y al estudio comparado de los idiomas, cuya evolución y vicisitudes hemos estudiado en la historia de las antiguas literaturas.

Al llegar al siglo XVI, despertada la afición á las investigaciones literarias y lingüísticas, y concentrados los principales elementos glotológicos de Oriente y Occidente en el seno del cristianismo, no tardaron en aparecer los primeros ensayos en nuestros estudios, con cierta tendencia comparativa y sistemática que auguraba los primeros bosquejos de la actual Ciencia del Lenguaje, y cuyos legítimos caminos ya el insigne Arias Montano, anticipándose á Leibnitz, había señalado.

Tres son los periodos anteriores á la época actual, que aparecen desde el renacimiento en la disciplina filológica. El primer periodo está representado por la investigación del idioma primitivo, por las diversas controversias que se han suscitado en favor ó en contra de la primacía de determinados idiomas, y por el influjo literario de las Biblias *políglotas*. Queda ya indicado así lo que á éstas se refiere, como lo relativo á las opiniones sobre la lengua primera. El segundo periodo es el de la colección de elementos lingüísticos de las diversas partes del mundo, las series de nombres de objetos más usuales en muchos idiomas y las colecciones de *Pater noster* en distintas lenguas. Periodo casi simultáneo al anterior en su origen, pero de eficacia distinta, y que ha continuado su acción con mayor intensidad y duración. Wiseman (*Discours sur les rapports entre la science et la relig. revel. disc. I*) recuerda á este propósito la lista de palabras extranjeras reunidas por Pigafetta, compañe-

lífica de lengua *bárbara* la de los Pelasgos, que Dionisio de Halicarnaso cree de familia *helénica*, así como Demóstenes habla de Alejandro Magno como de un *bárbaro*, mientras Estrabón juzga que los macedonios deben contarse entre los *helenos*, y sin duda que la lengua macedonia era uno de tantos dialectos griegos. Y es que la palabra griega βαββαρίζω, como la sánscrita *balbalakaromi*, como la latina *balbutire* etc. expresa fundamentalmente manera incorrecta de hablar, siquiera se ampliase su significación en unos casos ó se modificase con elementos componentes en otros, pero dejando siempre en la palabra la aptitud significativa originaria que permitía usar en un mismo sentido la forma simple y sus compuestas.

ro de Magallanes en su primer viaje alrededor del mundo, y el primero que hizo colección de palabras, recogidas en el Brasil, en la Patagonia y en las Molucas; los cinco vocabularios de la biblioteca de Leide publicados por Reland sobre el mismo asunto, y las colecciones de Misserschmidt hechas durante su residencia en la Siberia, que se conservaron en la biblioteca de San Petersburgo, y utilizó Klaproth para componer su *Asia polyglotta*. En general, como hace ver Balbi en su importante *Introducción al Atlas etnográfico del Globo*, fué no pequeño servicio de los viajeros á nuevas tierras, procurar reunir datos lingüísticos y enriquecer los ya suministrados por otros.

Por lo que hace á la colección del *Pater noster*, sólo en el siglo XVI tenemos: la de Bibliander, en catorce lenguas, la de Fr. Angel Roccha (*Biblioth. apost. vaticana*), en veintiseis lenguas; la de Jerón. Megister (*Specimen XL linguarum*), en cuarenta lenguas, y la del mismo publicada en 1593 (*Orat. dom. L divers. linguis*) con cincuenta idiomas (1).

El tercer periodo es el de distribución y clasificación de los elementos reunidos en el anterior, el cual iniciado por Arias Montano, fué desarrollado merced á las iniciativas y ascendiente de Leibnitz, secundado después por Vater y Adelung, sobre todo por Hervás, que señala ya los albores del periodo propiamente científico.

Los resultados inmediatos en estos tres periodos lingüísticos han sido: 1.º la investigación histórica de los orígenes de varias lenguas, que se intentaba hacer pasar por primitivas, y el estudio elemental de sus caracteres; 2.º la clasificación también elemental y externa de los grupos de lenguas, atendida su parte *léxica*, ó según su estructura *gramatical*; 3.º la creación de troncos lingüísticos (siquiera fuesen hipotéticos y de carácter provisional) á los cuales se referían las demás lenguas, y la progresiva reducción de las lenguas que se estimaban independientes é irreducibles á dichos grupos, según las conexiones propias con cada familia; 4.º las especulaciones sobre problemas de gramática general, y sobre la posibilidad de una lengua

(1) Hemos de advertir aquí que si bien el *Pater noster* encierra elementos suficientes para conocer el carácter de los idiomas, no siempre puede establecerse con él una comparación lingüística exacta, ya porque no todas las traducciones están igualmente hechas, ya porque conteniendo ideas ignoradas en pueblos salvajes, como las de "santificado sea tu nombre", "no nos dejes caer en la tentación" etc., ó han de expresarse estos conceptos de una manera rudimentaria, ó por circunloquios más ó menos apropiados.

universal con una gramática filosófica puramente. Descartes pensaba ya en la posibilidad de este lenguaje filosófico, y en su correspondencia con el P. Marsena, expone como sería posible formar un lenguaje ideológico á la manera del sistema decimal (1). De igual suerte Leibnitz piensa que es posible «una lengua y escritura universal muy distanciada de cuantas se han imaginado, donde la razón dirigiese los caracteres y las palabras, y, excepto los errores de hecho, los demás serían errores de cálculo» (2). M. Wilkins en su Ensayo de una lengua filosófica, que sirvió á Leibnitz para fijar y confirmar sus propios conceptos (3), trazó el cuadro de una lengua ideológica, con su sistema gramatical y léxico, cuyas combinaciones son altamente ingeniosas é instructivas. El número de radicales en la lengua filosófica de Wilkins es de unas 3.000; pero es de observar que el propósito primero de éste no fué inventar una lengua universal, sino hallar un sistema de escritura para representar

(1) En una de las cartas de Descartes á Marsena (*Euvres comp.*, ed. Cousin t. VI) se dice entre otras cosas: «Au reste je trouve qu' on pourrait ajouter á ceci une invention, tant pour composer les mots primitifs de cett langue, que por leurs caractères; en sorte qu' elle pourrait etre enseignée en fort peu de temps, et ce *par le moyen de l' ordre*; c' est-a-dire etablissant un ordre entre toutes les pensées qui penvent entrer en l' esprit humain, de meme qu' il y a un naturelment établie entre los nombres.» Sigue luego explanando sus ideas, y afirma que pudiera aprenderse el supuesto lenguaje en un solo día, como en un solo día se aprenden los números del sistema decimal.

(2) Leibnitz *Opera* t. V ed. Dutens. Suponen algunos que habla Leibnitz en sentido puramente abstracto é ideal; pero es seguro que trataba de la posibilidad real de tal lenguaje.

(3) Max Müller en su *Nuevas Lecciones* dice que es de «presumir» que Leibnitz viese la notable obra aludida, escrita en la segunda mitad del siglo XVII (1668). Los traductores franceses de las mencionadas *Lecciones*, Harris y Perrot, hacen notar que el libro de Wilkins fué realmente leído por Leibnitz. El mismo lo dice en su carta 7.^a á Burnet, afirmando que *ha leído con grande atención la obra del carácter real y Lenguaje filosófico de Wilkins*, y haciendo constar que ha hallado en la misma *bellas cosas*. Aludiendo á dicha obra en otra carta á M. Fegel (t. V, *Op.*) dice que en aquel trabajo algunos «majoris faciunt media quam finem» refiriéndose á que la erudición y saber resultaba mayor que su objeto. Sin embargo, Leibnitz había pensado en estas materias antes de leer á Wilkins, como aparece por su *De arte combinatoria* compuesta á los 19 años, cuando aun no se había publicado *El lenguaje filosófico*.

No nos detenemos en presentar la teoría de Wilkins, porque nos llevaría fuera de nuestro objeto (V. las *Nouvel. Lec.*, t. I de Max Müller, que presenta un extracto).

los pensamientos de tal suerte que fuesen universalmente inteligibles, á manera de lo que acontece con los signos matemáticos; si bien propone en el mismo libro que pudieran fijarse nombres invariables, con reglas de derivación y de flexión también invariables, por lo cual llegó á su sistema de lingüística universal. Wilkins tradujo á su lengua el *Pater noster* y el símbolo apostólico.

Sinibaldo en su *Ideographie*, siguiendo las huellas de Wilkins, presenta una lista de 2.600 signos formados sobre el modelo de los caracteres musicales. Estos signos constituyen categorías de nombres, verbos, preposiciones etc.; de géneros, casos, tiempos y personas, según la distribución, forma y orden convencional adoptados. De esta suerte llegó Sinibaldo á reproducir los 150 primeros versos de la *Eneida*. En el sistema de Sinibaldo la relación entre el signo y lo significado es puramente arbitraria; en el de Wilkins tiéndese á buscar analogías con la naturaleza de la cosa representada.

En los cuatro puntos mencionados enciérrese, en resumen, el fruto de los tres periodos anteriores á la fase de la «Gramática comparada».

Se ha dicho que la preocupación religiosa de hacer derivar todas las lenguas de la hebrea para justificar el dogma de nuestro común origen según la Biblia, y la misma idea del origen divino y misterioso del lenguaje, han sido el principal obstáculo del estudio científico de tales cuestiones (1). Como hemos visto, en la formación primera de la lingüística comparada ha influido de una manera principalísima todo eso precisamente que se invoca en sentido contrario, y puede asegurarse que sin la intervención de las ideas científico-religiosas, y sin el auxilio de los hombres encargados de difundir esas mismas ideas, la ciencia del lenguaje no hubiera llegado hoy al punto en que podemos estudiarla. Ninguno de los grandes maestros de esta ciencia en los periodos á que nos referimos ha necesitado re-

(1) La tradition religieuse voulant que toutes les langues descendent de l' hebreu, pour justifier le dogme de notre pretendue origine selon la Bible..... La meme idée sur l' origine divine et mytérieuse du langage..... n' a pas cessé d' etre le principal obstacle et le plus grand empchement d' une étude veritablement scientifique de la question. Tales son las ideas que apunta La Calle en *La Gossologie* etc., y que reproducen otros positivistas de menor cuantía. Max Müller no duda asentar conceptos análogos, bien poco conformes por cierto con la importancia que se ve precisado á conceder, por otra parte, á la laboriosidad de los misioneros en materias lingüísticas.

nunciar á la unidad originaria del humano linaje ni á la doctrina ortodoxa sobre el origen del hombre (que á eso se reducen todas las *preocupaciones* religiosas en la materia), para aspirar al perfeccionamiento que hoy creemos poseer, como ninguno de los actuales sostenedores de iguales doctrinas teológicas necesita renunciar á ellas para seguir los pasos de los estudios lingüísticos modernos, ni lógicamente llegó jamás á negarlas para defender los progresos glotológicos ningún filólogo de los que (por sistema filosófico ó religioso) militan en el campo de la heterodoxia. Todo ello habrá de patentizarse en el decurso de este libro, bastando entre tanto observar: 1.º que en la Iglesia no se ha subordinado nunca la doctrina del origen del hombre á las teorías del origen y naturaleza del lenguaje, ni se ha declarado en parte alguna que de la unidad antropológica se seguía la unidad lingüística ó viceversa; por lo mismo la ortodoxia no obliga á nadie á limitar las investigaciones lingüísticas en ningún sentido; 2.º que tampoco se ha declarado en parte alguna que el lenguaje primero fuese el hebreo, ni nadie se ha creído en el deber religioso de defenderlo así, cuando tan varias han sido las opiniones sobre la lengua primitiva en los tiempos á que se refieren los adversarios; 3.º que contra la unidad del origen humano ni contra el primitivo origen divino de la palabra, no se sigue cosa alguna con que las lenguas sean actualmente reducibles ó no; y por esto, y porque en el hecho mismo de la confusión de Babel tuvieron siempre los antiguos explicación suficiente de que las lenguas resultasen irreducibles, caso de serlo realmente, y aquel acontecimiento les explicaba también á satisfacción la posibilidad de haber desaparecido el idioma primitivo, se ve con toda claridad que en manera alguna podían vacilar en entregarse á las exploraciones lingüísticas, cualquiera que fuese el resultado de ellas. Pues mientras por una parte los defensores de la ortodoxia en ninguna época de la historia han temido ni pueden racionalmente temer la investigación de la verdad, para la cuestión presente hallaban en la confusión babélica, como de antemano, soluciones harto cumplidas; 4.º que si en los tiempos modernos la reducción de lenguas á un tronco común fué la aspiración primera, originó las múltiples combinaciones lingüísticas ejecutadas, motivó los varios sistemas de comparación, é hizo progresar la ciencia, no se ve porqué en los tiempos pasados, iguales aspiraciones realizadas en formas relativamente análogas y con el mismo objeto, hayan podido llevar á los opuestos resultados de inanición y retroceso, de que hablan algunos filólogos. Y si era equivocado buscar en el hebraísmo el origen primario de toda

lengua (lo cual no todos hicieron), equivocadas han sido muchas de las teorías posteriores en orden á los troncos primitivos lingüísticos, entre ellas la de ver en el *sánscrito* la lengua madre de los idiomas indo-europeos; y así como respecto de esta y otras aserciones hipotéticas, ya desmentidas, no afirmamos fuesen obstáculo á la investigación científica, que por el contrario promovieron, y cuyo mérito estaba justamente en demostrar la verdad ó la falsedad de tales asertos, de igual suerte á la hipótesis antigua del hebraísmo no puede inculparse de las deficiencias del antiguo método (entonces incipiente y rudimentario) aunque dicha hipótesis sea hoy inadmisibile, ya que la verdad ó falsedad de ella debia ser el *resultado*, y lo fué en efecto, de los estudios siguientes y ulteriores; 5.º que no ya desde el siglo XVI acá, sino en tiempo de los Padres de la Iglesia, no fué unánime su opinión sobre la lengua primera, de igual suerte que no lo fué tampoco el modo de entender la confusión de lenguas, como veremos en otro lugar. Entre ellos si hubo quienes como S. Jerónimo (*in Sophon.* III 8-9), Origenes (*Hom.* XI in *Num.* IV), S. Agustín (*De Civ. Dei*, XVI, 12), se inclinan á decir que fué el hebreo la lengua primitiva (como lo han dicho muchos en nuestros tiempos sin renunciar por eso á la Glotología novísima), otros ó no hacen mención de esto, ó se hacen eco de la opinión contraria, como S. Gregorio Niseno que después de declarar que el lenguaje fué *naturalmente* formado por el hombre (*Homil.* XII cont. *Eunomium*), dice que «Moisés escribió en hebreo no porque éste fuese el idioma de Adam, sino porque era la lengua usual de su tiempo *χρώμενος τῇ συνήθει γλώσση.*» Y añade que según dictamen de hombres doctos en las Escrituras, el hebreo no aparece tan antiguo como otras lenguas: «*μη ἀρχαῖζεν τὴν ἑβραίων φωνὴν καθ' ὁμοιοτητα τῶν λοιπῶν;*» 6.º que los obstáculos que ofreciese la doctrina revelada al progreso lingüístico, aun admitido que se tratase de algo dogmático, no podían ser en esto de mayor eficacia que los que se presentan en otras ramas del saber, cuyo desarrollo, sin embargo, fué promovido por los mismos defensores de la ortodoxia. Y aun dado que aquellas doctrinas dificultasen investigar el origen del lenguaje (el cual problema no han resuelto todavía los filólogos de la heterodoxia), «no eran obstáculo, como advierte Ascoli, para aquella amplitud de estudios históricos que serian más que suficientes para promover los métodos rigurosos á que hacemos referencia. Más bien fueron prejuicios científicos, históricos y literarios, que no prejuicios teológicos, los que retardaron el desarrollo de la buena doctrina en nuestro caso.» Estas palabras de un racionalista judío, el ilustre filólogo italiano men-